Libros del Asteroide

Richard Flanagan

La pregunta 7

Traducción de Catalina Martínez Muñoz





Libros del Asteroide

El autor no ha dado aquí a su esfuerzo el beneficio de saber si lo que nos presenta es un relato histórico, autobiográfico, una crónica periodística, una tragedia, una historia de amor, un almanaque, un melodrama o una fantasía. Puede ser miles de cosas, o no. La pregunta, hecha queda, pero ¿dónde está la respuesta?

Hobart Town Mercury,
en su reseña de *Moby Dick*, 1851

No, esto no es piano. Esto es soñar.

Duke Ellington

Libros del Asteroide

1

El invierno de 2012, desoyendo el sentido común y por motivos no del todo relacionados con la escritura —por más que yo dijera lo contrario— que todavía hoy sigo sin ver con claridad, visité el Campo de Ohama, en Japón, donde mi padre había estado prisionero. Hacía un frío de mil demonios y el cielo plomizo daba una tonalidad lúgubre al mar interior de Seto, donde mi padre fue obligado a realizar trabajos forzados en una mina de carbón situada bajo el nivel del mar.

No quedaba nada.

A pesar de que no me interesaba, me llevaron a un museo local en el que una empleada muy servicial encontró montones de fotografías que documentaban con detalle la historia de la mina desde principios del siglo XX: su crecimiento, sus procesos, sus trabajadores japoneses.

No había ninguna fotografía de los prisioneros obligados a trabajos forzados.

La mujer era muy amable y, como se suele decir, «una fuente de conocimiento» de la historia local. No tenía ninguna noticia de que en la mina de carbón de Oha-

Libros del Asteroide

ma hubiera habido prisioneros. Era como si aquello nunca hubiera ocurrido, como si allí no hubieran dado palizas a nadie, matado a nadie ni obligado a nadie a quedarse desnudo sobre la nieve hasta morir de frío. Recuerdo la sonrisa condescendiente de la mujer: una sonrisa de compasión por mí, por creer que en esa mina de carbón de Ohama hubiera habido alguna vez hombres sometidos a trabajos forzados.

2

A veces me sorprende por qué nos empeñamos en volver a los comienzos; por qué buscamos el hilo particular del que podríamos tirar para deshacer el tapiz que consideramos nuestra vida, con la esperanza de encontrar, allí escondida, la verdad del *porqué*.

Pero no hay ninguna verdad. Solo hay un *porqué*. Y cuando lo examinamos más a fondo, vemos que detrás de ese *porqué* solo hay otro tapiz.

Y detrás otro, y otro, hasta que llegamos al olvido.

3

A las 8.15 horas del 6 de agosto de 1945, el comandante de bombardero Thomas Ferebee tiró de una palanca a 9.500 metros de altitud sobre Hiroshima, dijo: «¡Bomba va!», y, cuarenta y tres segundos más tarde, morían sesenta mil personas, mientras, a 129 kilómetros al sur de allí, mi padre, un esclavo casi desnudo, en su cuarto año de cautividad como prisionero de guerra, continuaba con el esfuerzo agotador de empujar vagonetas cargadas de piedras cuesta arriba, por los largos

Libros del Asteroide

y oscuros túneles que recorrían el fondo del mar interior de Seto.

Destrozado, enfermo, con el cuerpo y la voluntad al límite, sabiendo únicamente que unos meses más tarde, cuando el frío del invierno regresara, no podría resistir más y moriría, no era consciente de que ahora iba a vivir. Mientras mi padre iba por el túnel tenebroso, alumbrado con bombillas muy débiles solo muy de vez en cuando, un compañero tasmano, prisionero de guerra como él, dijo que aquello parecía Penguin, su ciudad natal, un viernes por la noche.

4

En la boca de la mina, donde en aquel entonces mi padre y los demás prisioneros soportaban los golpes que les daban los guardias al pasar, ahora había un hotel para parejas. Ninguna placa conmemorativa, ningún cartel, ninguna señal: nada recordaba que lo que había ocurrido allí había ocurrido de verdad. Había un letrero de neón. Había un local que ofrecía sexo rápido y ocasional en habitaciones diminutas, deliberadamente pensadas para poco más que el desahogo sexual. Lo que perduraba o, mejor dicho, lo que allí existía, era solo el olvido que procura el placer entre los brazos de otro: el mismo olvido que prefigura y niega la muerte al mismo tiempo. Como si la necesidad de olvidar fuese tan fuerte como la necesidad de recordar. Puede que más fuerte.

¿Y después del olvido? Volvemos a las narraciones que llamamos nuestros recuerdos, perplejos, ajenos a la invención constante que es nuestra vida.

Libros del Asteroide

5

A mi lado, ese día gélido, se encontraba un japonés mayor, el señor Sato. Era un hombre diminuto y frágil, bien vestido, con una cazadora deportiva y unos pantalones formales demasiado largos en los tobillos, lo que me hizo pensar que había encogido con el paso de los años. Llevaba unos guantes de algodón blancos y finos, y cada vez que señalaba algún elemento del campo o de la mina desaparecido hacía ya mucho, yo solo veía un hilo suelto que le colgaba del puño del guante. No recuerdo cómo eran sus zapatos.

El señor Sato apoyó la cabeza en mi pecho. Vivía por y para una hija que, según me explicó el traductor, tenía una discapacidad grave. El señor Sato había sido guardia del Campo de Ohama. Me enseñó la zona donde, en su día, estaban los barracones, la granja que había en el cerro y la boca de la mina abajo, más cerca del mar.

Delante de nosotros, para mi bochorno y enfado implícitos, había un equipo de televisión y varios fotógrafos de los periódicos locales. Había tenido que recurrir a diversos contactos para llegar a la boca de la mina, y el Ayuntamiento acabó involucrándose, por algún motivo. Sin mi conocimiento, avisaron a los medios de comunicación. El equipo de televisión y los reporteros gráficos buscaban una sola cosa: al señor Sato y a mí abrazados; una imagen de perdón, de entendimiento, de heridas curadas por el tiempo. Yo sabía que eso era mentira. No era yo quien tenía que perdonar.

¿Cura el tiempo? El tiempo no siempre cura. El tiempo cicatriza. Cuando el señor Sato señalaba con la mano, un hilo suelto de sus guantes cortaba en dos el mundo frío tendido a nuestros pies.

Libros del Asteroide

6

Ese mismo día, un poco antes, me reuní con un grupo de vecinos mayores del pueblo que eran niños en los años de la guerra. Yo no quería conocerlos. Me daba —¿cómo decirlo?— vergüenza. Vergüenza quizá de que mi visita pudiera malinterpretarse, entenderse como un acto de odio o de venganza. Pero yo no sabía por qué había ido. Ellos entonces eran niños y yo ni siquiera había nacido. En pocas palabras, era consciente de la desigualdad entre nosotros y nuestras vidas. Quizá me avergonzara, por algún motivo, ser hijo de mi padre, suponiendo que su historia y la de estas personas pudiera ser, también, la mía. Me preocupaba que pudieran verme como un fantasma molesto, un espectro que venía a examinar el escenario de un crimen sin resolver en el que yo estaba implicado. Pero ¿el fantasma de quién? ¿De la víctima, del asesino, del testigo o de los tres?

Como el encuentro lo habían organizado otras personas, no veía el modo de cancelarlo sin ofender a nadie. Los ancianos del pueblo eran personas amables y cordiales. Cuando hablaban de las privaciones que soportaron durante la guerra por ser los hijos de los pobres de las zonas rurales, recordaban la disonancia entre el mundo que describían los adultos y lo que ellos veían como niños, y la irreverencia infantil se adueñaba de sus voces ancianas y sus rostros curtidos. Se acordaban de cuando desembarcaron los prisioneros de guerra, a finales de 1944, de que esos demonios, hacia quienes les habían inculcado tanto miedo desde hacía mucho tiempo, no eran más que esqueletos semidesnudos y dignos de lástima. Además de la crueldad de los guardias japoneses, mi padre hablaba de la bondad de los mineros japoneses, que

Libros del Asteroide

compartían su escasa comida con los famélicos prisioneros de guerra, y es posible que algunos de ellos fueran los padres de estos ancianos del pueblo.

7

Al terminar los estudios, trabajé de cadenero, como se llamaba popularmente al agrimensor, un oficio con siglos de antigüedad, destinado a desaparecer pocos años más tarde, con la llegada de la tecnología digital. La tarea del cadenero consistía en arrastrar la cadena de veinte metros, con sus cien eslabones, que se empleaba para medir el mundo. En mis tiempos, la cadena era en realidad una banda de acero fino, de cincuenta metros de longitud, pero, aparte de eso, poco más había cambiado en los últimos cien años. El cadenero seguía llevando una hoz y un hacha para desbrozar de maleza y de árboles las líneas de medición, y una piedra y una lima para afilarlas. Aprendí a buscar las señales de mediciones antiguas hechas muchas décadas antes: mojones de piedra caídos, estacas podridas o la corteza en forma de vulva de los eucaliptos viejos. Desprendía la corteza con cuidado, sirviéndome del hacha, hasta dejar al descubierto una profunda cavidad en forma de prisma, hábilmente tallada en el árbol hacía mucho tiempo, a veces más de un siglo. El vértice del prisma invertido era el punto de medición.

Me quedaba mirando esa prodigiosa herida intacta, idéntica a como era el día en que otra hacha la talló. El tiempo no había curado el árbol, solo lo había cicatrizado para esconder algo que aún seguía ocurriendo. Porque debajo de la cicatriz seguía estando la herida, un portal al pasado que sangra savia fresca en el presente,

Libros del Asteroide

y, si miraba hacia dentro mucho tiempo, tenía la sensación de caerme.

Ese día, cuando estaba delante del equipo de televisión japonés, con su joven reportera, el puñado de fotógrafos locales y de periodistas aburridos y empeñados en captar la única historia que tenía sentido y largarse de allí, fue un momento similar de velocidad acelerada. Yo no tenía ganas de abrazar al señor Sato. Es posible que a él le pasara lo mismo. Pero no quería ofenderlo, ni a él ni a nadie, y lo abracé mientras él me abrazaba. Todo el mundo parecía encantado.

Cuando terminaron de rodar y hacer las fotos, dejé caer el brazo. El señor Sato seguía enroscado a mí. Quise alejarme y fue como si se le cayera la cabeza en mi pecho. Y así nos quedamos.

Quizá él también estuviera cayendo por un vacío infinito, o quizá fuera simplemente el frío. No tengo ni idea. No puedo decir que me gustara recibir el abrazo de aquel hombre que podía haber maltratado a mi padre, pero no sabía cómo librarme de él, cómo retirar el calor y el consuelo de mi cuerpo.

Pensé en el sufrimiento del señor Sato, con su hija discapacitada, y en cómo, al final de su vida, estaba recibiendo su justo castigo. Luego me avergoncé de pensar tal cosa, consciente de que detrás de este pensamiento había otro que no quería reconocer. Miré los árboles a lo lejos: tristes, desnudos, delgados; rodeados de tierra fría y sin amor, la maleza y la yerba maloliente con un aspecto desastroso y abandonado. La naturaleza parecía exhausta y caótica, y por alguna razón, yo me sentía parte de ella. Abajo se oía el rumor del mar a lo largo de la costa rocosa, el mismo de ayer y el mismo de ma-

Libros del Asteroide

ñana, como un acordeón que acompañaba los delitos y los pecados, los amores y las pasiones de quienes pasaron por este triste país. Todo mi viaje parecía tan incomprensible como ese rodar de piedras arrastradas por las olas al olvido.

¿Habría hecho yo lo mismo que el señor Sato? Y cuando intenté apartar esta pregunta, surgió otra. Si el señor Sato, que parecía un hombre decente, había sido capaz de ser un guardia, de hacer daño o quedarse a un lado mientras otros lo hacían, ¿sería yo distinto? ¿Me sumaría también a dar palizas a los prisioneros, aun cuando no quisiera, le ordenaría también a un hombre desnudo arrodillarse en la nieve hasta morir congelado, porque eso era lo que se esperaba de mí, o porque costaba demasiado decir que no? ¿O miraría a otro lado y decidiría no ayudarlo? Entonces perdí el hilo de mis pensamientos. El día tocaba a su fin. Pensé en el prisionero obligado a pasar la noche arrodillado en la nieve sin ropa, una historia que a mi padre siempre le producía una tristeza indescriptible cuando la contaba, por su sinsentido. ¿Haría yo lo mismo? De repente, el abrazo del señor Sato me resultó repugnante y odié con todo mi ser a aquel hombre que seguía apoyado en mí. Una ráfaga de viento frío pasó de largo y se desvaneció. La sensación de frío se acentuó entonces mucho más; el mar continuaba su vaivén; nos habíamos olvidado el uno del otro, y se me ocurrió que ninguno de los dos tenía la menor idea de qué pensaba o qué sentía el otro, de que quien nos hubiera visto, allí parados, podría habernos tomado por hermanos o amantes.

Nos quedamos un buen rato después de que los periodistas y el equipo de televisión se marcharan: un

Libros del Asteroide

enjambre de nubes oscuras se concentraba en el cielo, apresuradamente, como estremecidas por un juicio desconocido, y se dispersaban enseguida, decepcionadas, mientras el mar interior solo me devolvía el reflejo de su propio misterio. ¿Qué había pasado? Sigo sin tener la menor idea hasta hoy. No hay un *porqué*.

8

¿Es porque solo alcanzamos a ver nuestro mundo muy vagamente por lo que nos rodeamos de mentiras a las que llamamos tiempo, historia, realidad, memoria, detalle, hechos? ¿Y si el tiempo fuera plural y nosotros también? ¿Y si descubriéramos que empezamos mañana y morimos ayer, que nacimos a partir de las muertes de otros y que la vida se nos insufla con historias que inventamos a partir de canciones o *collages* hechos de bromas, acertijos y otros fragmentos?

Mi padre se reía de uno de sus compañeros del campo de prisioneros de guerra, que decía que había visto cómo la explosión de la bomba atómica iluminaba el cielo nocturno sobre el campo igual que si fuera de día.

La bomba atómica explotó en Hiroshima a las 8.16 de la mañana. Quienes ven el pasado con mayor claridad siempre son quienes nunca lo vieron.

9

Para cuando Thomas Ferebee tiró de la palanca sobrevolando Hiroshima, mi padre había logrado sobrevivir más de tres años como prisionero de los japoneses. Había logrado sobrevivir a la prisión de Changi y al Ferro-

Libros del Asteroide

carril de la Muerte. Había logrado sobrevivir a los llamados Barcos del Infierno, que trasladaron a Japón a los supervivientes del Ferrocarril de la Muerte, en el otoño de 1944, hacinados en embarcaciones que no eran aptas para la navegación, sin cubierta siquiera. Amontonados en cascarones oxidados y medio desnudos, los prisioneros soportaron tifones, torpedeos de los submarinos estadounidenses y bombardeos de la aviación estadounidense. Cuando por fin atracaron en la isla de Honshu, el sueño de un imperio japonés se había convertido en la perspectiva inminente de una invasión de Japón y en lo que el régimen militar japonés exigió como respuesta: el suicidio masivo de cien millones de japoneses; la reinvención de un país como secta que rinde culto a la muerte.

Cuando se produjera la invasión, la población civil japonesa tendría que defender la patria con su vida. En Okinawa, la única isla de Japón invadida, se calcula que murieron ciento cincuenta mil civiles. Los suicidios en masa de civiles eran muy comunes, a veces voluntarios y, en muchos casos, bajo la coacción de los soldados japoneses, a punta de pistola. Se sabe de hijos que mataban a sus padres cuando estos no manifestaban el debido entusiasmo ante la perspectiva de morir, así como de padres que mataban a sus hijos.[1] Si las vidas de los japoneses de a pie tenían tan poco valor para sus líderes, no sorprende que las de sus enemigos no valiesen nada: en el momento en que empezó la invasión, estaban dispuestos a masacrar a los treinta y dos mil prisioneros de guerra sometidos a trabajos forzados.

El plan de los estadounidenses era lanzar el ataque definitivo sobre Japón, con la invasión de la isla de Kyushu, el 1 de noviembre de 1945, para continuar luego con la

Libros del Asteroide

invasión de Honshu, en marzo de 1946. Es muy probable que mi padre estuviera ya muerto para entonces, pero si aún hubiera seguido con vida, lo habrían asesinado. Y, aun cuando hubiera podido librarse de ese destino —si bien, es difícil decir cómo—, no se veía en condiciones de resistir otro crudo invierno.

La invasión de Estados Unidos no llegó a producirse. En lugar de invadir, lanzaron la bomba atómica. Sesenta mil personas murieron en el acto y muchas más sufrieron una lenta agonía antes de morir en las horas y los días siguientes, o a lo largo de los meses y los años siguientes. Tres días después, lanzaron una segunda bomba atómica. Cuarenta mil personas murieron en el acto y muchas más sufrieron una lenta agonía antes de morir en las horas y los días siguientes, o a lo largo de los meses y los años siguientes.

10

Quince años y once meses después, nació el quinto de los seis hijos de mi padre, una fría mañana de invierno. Iban a llamarlo Daniel, pero las monjas irlandesas católicas del convento de las Carmelitas de Longford le dijeron a mi madre que Daniel era un nombre demasiado católico, demasiado irlandés y demasiado corriente. Sería una pena, según ellas. Y nosotros éramos demasiado católicos y demasiado irlandeses y demasiado corrientes para no hacerles caso. Así que me llamaron Richard. Mi padre odiaba el nombre con el que más adelante iba a ser querido, y yo también he odiado el mío, pero hemos crecido tan enredados el uno con el otro, mi nombre y yo, que, como les pasa a las raíces viejas, es difícil saber

Libros del Asteroide

dónde termina uno y dónde empieza el otro. Como decía mi padre a veces de las parejas raras: siempre hay un roto para un descosido.

11

Esa noche empezó a llover mucho: caía una lluvia de esas que te acribillan si te sorprende al descubierto, como si estuviera cargada de monedas, y hacen que cualquier sitio en el que entres parezca ligero. Kenji Y. me llevó a un bar de camareras en Sanyo-Onoda City. Kenji Y., el oficial del Consejo de Asuntos Internacionales e Igualdad de Oportunidades de Sanyo-Onoda, llevaba un uniforme que no era de su talla y que lo definía como un hombre que desempeña sus obligaciones con el buen humor y el atolondramiento de quien tiene el corazón en otra parte pero es feliz de todos modos. Parecía contentarse con ganarse la vida y rellenar las horas asignadas al trabajo ocupándose de cualquier cosa absurda que se cruzara en su camino, como yo mismo. Kenji Y. quería a su mujer y a su hijo y le gustaba el ciclismo de montaña. Las cosas que no eran evidentes le causaban perplejidad, pero detectaba la verdad aun cuando no llegase a entenderla del todo. Irradiaba bondad.

Me contó que su abuelo había combatido en la guerra, en aquel vertedero de cadáveres que fue Nueva Guinea. Al volver del frente, tenía enormes dificultades para relacionarse con su familia. Se construyó una cabaña en las montañas, donde empezó a pasar temporadas cada vez más largas en soledad. Bebía.

—¿Los demás sabían por qué era así? —pregunté.

—No —dijo Kenji Y.—, nunca hablaba de eso.

Libros del Asteroide

—¿Hablaba de la guerra?
—No, nunca hablaba de la guerra.
—Dicen que Nueva Guinea fue un infierno.
—Él nunca hablaba de eso —repitió Kenji Y.

El bar de camareras era un local acogedor, frecuentado por oficinistas —todos asalariados—, donde las camareras eran jóvenes con mucho maquillaje y ojos de *anime*, y su trabajo consistía en fingir que se divertían y mostrar interés por individuos que no parecían demasiado interesantes ni divertidos a medida que se iban emborrachando con el vodka local de batata. Seguía lloviendo, pero como en sordina y a lo lejos, como esa sensación de deslizarnos hacia otro mundo que tenemos al quedarnos dormidos poco a poco.

12

Había una camarera bajita que hablaba inglés, así que le tocó sentarse conmigo. Me preguntó qué hacía en Sanyo-Onoda City. Era simpática, o era muy buena profesional y sabía resultar simpática. En cualquier caso, parecía importante corresponder con simpatía, a pesar de que era evidente que Sanyo-Onoda City no recibía a muchos turistas y era difícil saber qué significaba la simpatía en aquel contexto. Le dije que era escritor y estaba documentándome para un libro. Esto, como creo haber dicho ya, era verdadero y falso al mismo tiempo. Cada vez entendía menos qué hacía allí, dado que no iba a incluir nada de aquello en el libro que estaba escribiendo. A ella le interesó que yo fuera escritor, o pareció interesarle, porque dijo que le gustaban los libros. Me preguntó de qué trataba mi libro.

No estaba seguro de qué trataba mi libro. Probable-

Libros del Asteroide

mente dije algo relacionado con el amor, una respuesta que tenía la virtud de no ser falsa y, también, de ser tan amplia que no significaba nada. Se llevó una mano a la boca para reírse educadamente. Vi que Sanyo-Onoda City y amor no eran, para ella, ideas compatibles por naturaleza. Sonrió de nuevo y volvió a hacerme la primera pregunta: ¿Por qué estaba en Sanyo-Onoda City?

A nuestro lado, a unos pasos de la mesa, Kenji Y., muy borracho para entonces, berreaba una balada de amor en el micrófono del karaoke. Nadie lo escuchaba. Tal vez ese fuera el objetivo del bar de camareras, pensé. Cantar con todo tu corazón y que nadie se fijara, hablar desde lo más profundo de tu ser y que nadie te escuchara.

Volví a mirar a la chica. Le dije que había venido a visitar el sitio donde mi padre estuvo prisionero y sometido a trabajos forzados.

Me miró con sus ojos de *anime*, como si estuviera soñando, y parpadeó. Sin dejar de sonreír, dijo: «¿Qué son trabajos forzados?».

13

Seguía sonriendo, como si su sonrisa fuera un rictus fijo. La verdad es que el mundo entero parecía inmovilizado en un rictus fijo, y yo con él. Como si estuviéramos ahora en una función de kabuki, yo le devolví la sonrisa y seguí sonriendo y ella no dejaba de sonreír y yo no dejaba de sonreír y costaba creer o pensar que en ese momento a mí me invadiera toda la tristeza del mundo: por el señor Sato, apoyado en mi pecho; por mi padre; por la risueña camarera japonesa con ojos de *anime*; por todos

Libros del Asteroide

los que estábamos en aquel bar donde hacía demasiado calor y todos los que estábamos en el mundo esa noche de lluvia y frío brutal.

Pensé en el abuelo de Kenji Y., solo en su tosca cabaña en las montañas, incapaz de encontrar palabras, como también yo entonces era incapaz de encontrar las palabras para expresar algo de todo aquello. El abuelo de Kenji Y. había caminado entre fantasmas. Tal vez, como yo, Kenji ya empezaba a convertirse en un fantasma antes de morir, a habitar en un mundo sin conocimiento ni deseo de saber qué había ocurrido. En algún lugar había un mundo real en el que todo lo pasado seguía existiendo. Pero no estaba allí, y curiosamente, eso fue para mí un alivio y un horror al mismo tiempo. Nada de lo que yo dijera sería oído y nada de lo que viera sería visto, y, juntos, el abuelo de Kenji Y. y yo nos quedamos contemplando el tiempo, con la única certeza de que lo ocurrido seguía ocurriendo eternamente y nunca dejaría de ocurrir.

Miré a los ojos de la chica.

—Nada importante —dije.

Me tocaron en el hombro. Era Kenji Y. ¿Me apetecía cantar algo?

14

Se podría argumentar que la ciencia avanzaba inexorablemente hacia el descubrimiento de la fisión nuclear y, por tanto, de la invención de la bomba atómica y, por tanto, de Hiroshima. Pero no hay nada inevitable, y mucho menos la bomba atómica a mediados del siglo xx, un proyecto que, según señaló uno de sus principales

Libros del Asteroide

teóricos, el físico danés Niels Bohr, solo llegaría a desarrollarse si alguien pudiera convertir todo un país en un taller dedicado a esta tarea en exclusiva.

En una reunión nazi de alto nivel, celebrada el 4 de junio de 1942, un antiguo alumno de Niels Bohr, el brillante físico alemán Werner Heisenberg, habló de una bomba, de un tamaño no más grande que una piña, capaz de destruir una ciudad. Pero, más adelante, cuando Albert Speer lo interrogó, las respuestas de Heisenberg «no fueron en absoluto alentadoras… Tardarían años en desarrollar los requisitos técnicos para su producción, dos, como mínimo, y eso contando con que el programa recibiera el máximo apoyo».

Speer dio parte de la conversación a Hitler.

«Hitler llevaba algún tiempo hablando de la posibilidad de una bomba atómica, pero era evidente que la idea superaba su capacidad intelectual. Tampoco estaba a su alcance comprender la naturaleza revolucionaria de la física nuclear. En los dos mil doscientos puntos registrados de mis conferencias con Hitler —añadía Speer, con su agotadora exhaustividad—, la fisión nuclear aparece una sola vez, y se menciona con suma brevedad. Hitler en alguna ocasión hace un comentario sobre las perspectivas del proyecto, pero lo que yo le contaba de las reuniones con los físicos acabó por confirmar su opinión de que no había mucho beneficio que obtener».

Cuando Hitler supo que Heisenberg no había dado una respuesta definitiva a la pregunta de Speer sobre si era posible controlar la fisión nuclear «no le hizo gracia la idea de que el mundo que él gobernaba pudiera transformarse en una estrella incandescente».

Mientras Heisenberg describía la posibilidad de las

Libros del Asteroide

bombas atómicas del tamaño de piñas, la guerra ya se estaba complicando para los nazis en Rusia, y cualquier proyecto que se propusiera debía ofrecer garantías de sus beneficios. Dado que Hitler seguía convencido de que, en 1943, derrotaría tanto a la Unión Soviética como a Gran Bretaña, la norma vigente exigía financiar solo el armamento que estuviera listo para el combate en un plazo de dieciocho meses. Cuando se presentó la posibilidad de desarrollar una bomba atómica, Alemania la descartó, creyendo que tardaría demasiado en desarrollarla y que, además, el resultado —una bomba atómica realmente eficaz— no estaba, en modo alguno, garantizado.

Tras abandonar la investigación sobre la bomba atómica, los nazis asignaron unos recursos limitados al desarrollo de un «motor de uranio», que llegaría a conocerse en Estados Unidos como un reactor nuclear. También en esto fallaron. No obstante, una vez terminada la guerra en Europa, los principales científicos nucleares de Alemania fueron detenidos y trasladados a una mansión inglesa en los alrededores de Cambridge para averiguar qué sabían y qué no. Los trataron como invitados, con la mayor cortesía, sin que fueran conscientes de que, en todos los salones y dormitorios, había micrófonos ocultos. Poco antes de cenar, el 6 de agosto de 1945, les comunicaron que los aliados habían fabricado una bomba atómica y la habían lanzado sobre Hiroshima.

15

En un principio, los científicos alemanes no se creyeron que un país tan atrasado y zafio como Estados Unidos hubiera triunfado allí donde la civilizada Alemania había

Libros del Asteroide